

La Esfera

22 Septiembre 1917

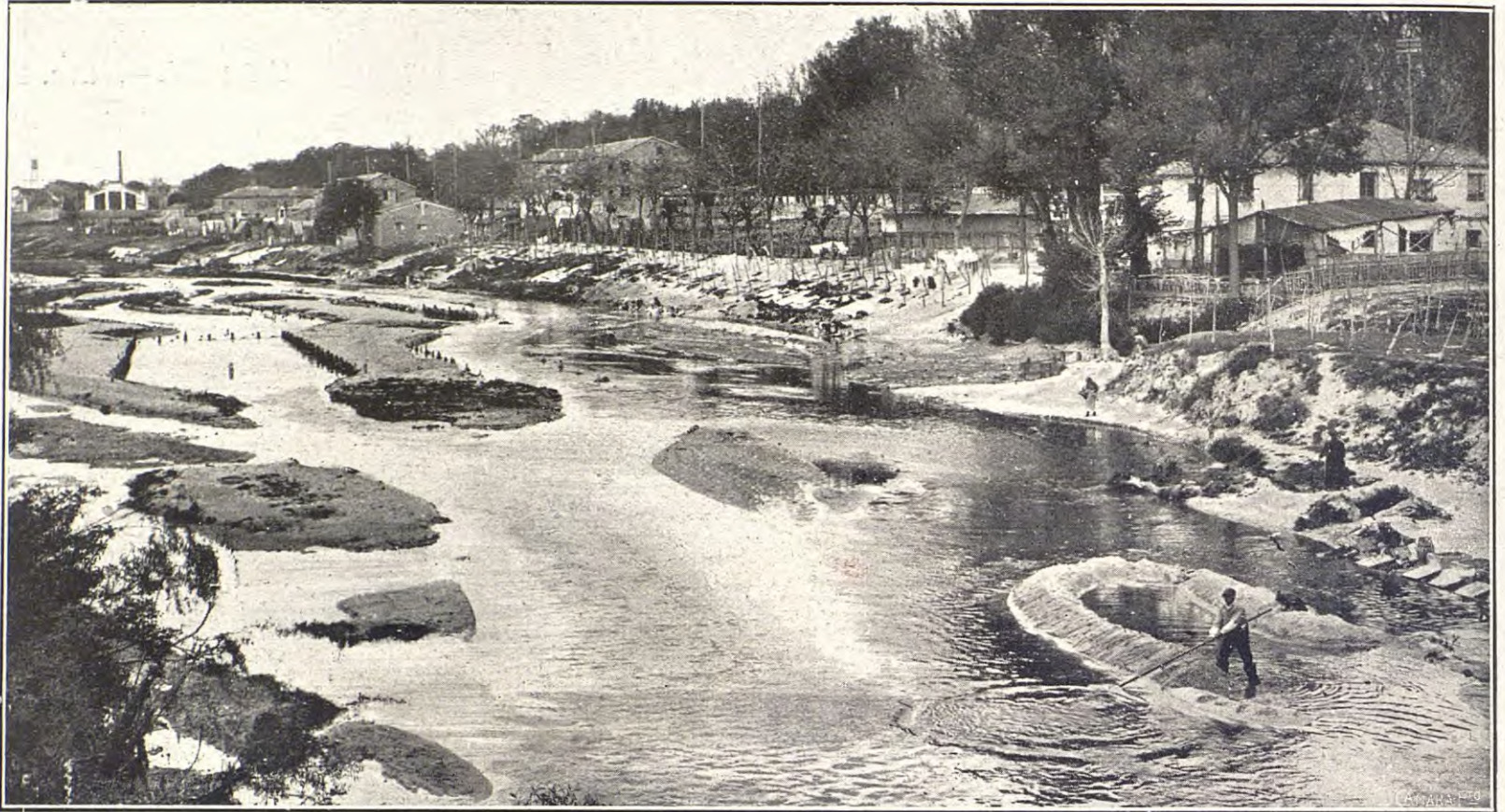
Año IV.—Núm. 195

ILUSTRACION MUNDIAL



PADRE E HIJO, cuadro de Guido Caprotty

DE LA VIDA QUE PASA



Riberas del Manzanares

FOT. SALAZAR

MADRID Y SU RÍO

ESTÁ acabando el verano, y una vez más se repite el caso. Casi todos los madrileños que se fueron, se arrepienten de haber salido de sus casas. Tornan á ellas con gusto, y renuevan el placer de la vida cortesana, lamentando el gasto, la incomodidad de los albergues adventicios, la explotación de las industrias hospederas, el despilfarro de las propinas. «No saldré más de Madrid en esta época»—dicen muchos—. «Mejor se halla cada uno en su casa que en parte alguna...» Y esta afirmación subsistirá hasta que en el año venidero llegue la canícula.

Cierto es que el cambio de vida es sano, útil, educador y alegre, pero, ¿por qué ha de ser el viaje en verano?... Es que el calor de la villa y corte es insuportable... Eso no basta que lo diga el termómetro. Es necesario que la realidad lo compruebe, porque el que mora en amplia casa, y va á encerrarse en un cuarto de un hotel de las provincias septentrionales, donde acaso da el sol todo el día, donde falta espacio para respirar, ese—y es lo ordinario y lo corriente—echará de menos el ardor del aire madrileño y sufrirá el ahogo, aunque la temperatura ambiente sea más baja que en su habitual residencia.

Este año el verano ha sido ruinoso. Por el encarecimiento de los comestibles y la invasión de extranjeros, más ó menos *embusques*, que llenan las fondas, los precios han subido espantosamente. En cambio, han perdido éstas el confort y la abundancia que tal vez antes ofrecían. Aquí han suprimido un plato en el almuerzo y dos en la comida, allá han elevado la tarifa en un treinta por ciento. No son pocos los vecinos de la capital que, al reintegrarse á sus hogares, han saciado el hambre veraniega devorando los antes desdeñados manjares. Suelen disimular algunos este júbilo del retorno, exclamando: «—Una rosca candeal de Madrid y un vaso de agua de Lozoya, alimentan más que todas las mixtificaciones de la cocina hotelera.» Y mascan con regocijo el pan de la urbe castellana, que es verdaderamente el mejor del mundo.

Madrid no sabe defenderse, tal vez porque no son madrileños los que le rigen. En el verano dejan huir á la mayoría del vecindario pudiente. En el invierno contribuyen á que se ausenten los ricos, amantes de los climas suaves. Falta un programa de fiestas, de atracciones, de pla-

ceres, que detengan á buena parte de la emigración, y con ello sufre el comercio daños sin cuento. ¿No habría modo de organizar el verano madrileño? ¿No le habría de dar á los meses crudos de la invernada elementos de interés para que sólo se fueran los enfermos y los caprichosos?

En tiempo de los Felipes, Madrid era, durante el estío, «pueblo apacible, en el que la diversión atraía gentes de todas partes», según dice el cronista. Para los usos de entonces las praderas del Manzanares eran lugar de amenidad y de recreo. Ahora no son sino esparcimiento de lavanderas, rústicas sirvientes y paletos de los villorrios circundantes. Pero no sería imposible embellecerlas, porque sobran medios para convertirlas en jardines en los que hoteles, restaurantes, lugares de espectáculos, proporcionaran atractivos. Nos falta una gran vía fluvial, pero el río que tenemos es susceptible de riberas verdes, de parques frondosos, de lugares de fiesta y descanso. En los años viejos en que Madrid era capital del mundo, el río humilde desdeñaba al Támesis y al Sena, porque esos mares, encerrados en orillas, arrastraban aguas turbias, sucias, putrefactas, malsanas, mientras que nuestro Manzanares era y sigue siendo fuente serena, limpia y pura, que brinda al vaso con el homenaje de la higiénica bebida. Sobre el escaso caudal fué levantada aquella puente segoviana, máquina portentosa que asombró á los súbditos de la casa de Austria. Y Góngora escribió el soneto en que decía:

«Duélete de esa puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media puente
y que ella es puente para treinta mares.»

Del riachuelo matritense todos dijeron que es limpio, mientras que, al ser trasladada á Valladolid la Corte española, poetas satíricos cayeron sobre el Pisuerga y el Esgueva para afrentarlos y percutirlos. El mismo poeta citado escribió:

«Jura Pisuerga, á fe de caballero,
que de vergüenza corre colorado
en pensar que de Esgueva acompañado
ha de entrar á besar la mano al Duero.»

En la floresta poética de esos días el Manzanares aparece glorificado, y los dos ríos va-

lisoletanos sometidos á la burla y al denuesto. El sigue corriendo manso y cristalino, aunque en su corriente se limpia la podre cortesana y no obstante haber sido entregado al dominio de las lavanderas.

Felipe II contemplaba al Manzanares con amor, y en sus frecuentes viajes al Escorial, se detenía á merendar en una de las márgenes, frente á la iglesia del Pardo. Allí dicen que meditó sobre si convendría llevar la capitalidad de la nación á Lisboa, y dijo: «Es muy ancho el Tajo y no podré encerrarlo en mi vista. Este arroyo será España, y sus aguas pocas alimentarán la sed de muchos pueblos.» Nunca se dió á río alguno homenaje tal. Pero el humilde Manzanares no se envaneció. Es más, al pasar por los muros de la corte, escondióse bajo la arena para no llamar la atención de las gentes. Allí, en la altiva sierra del Guadarrama, donde él nace, libre de curiosidades, se ensancha y se profundiza. Corre sobre lecho de piedras por las alturas de Colmenar Viejo, perfúlmase de olor de flores en las vegas del pueblo á que dió nombre, cría peces sabrosos entre juncos y espadañas, mueve molinos, fabrica papel, agita turbinas engendradoras de luz eléctrica, y luego busca escondite entre los sáficos lucientes del cauce. Símbolo de la virtud castellana, que odia toda ostentación y se place en el misterio.

Corre en la hondonada de la gran ciudad, y pocos madrileños le conocen. Si atravesara la urbe y sobre él hubiera sido necesario edificar puentes por los que las vías cruzasen; si los focos de la iluminación resplandecieran en sus linfas; si pasara por la Puerta del Sol, Madrid tendría orgullo de su río pequeño, claro, sanador y puro. Se halla tan lejos de la villa, que ésta le olvida y le desprecia.

Pero un día se acordará del Manzanares alguien, y entonces será lo que debe esta fuente arenosa, en la que la sed halla el deleite de la saciedad. Napoleón, cuando vino á Madrid, al pasar por la Puente de Segovia, dijo: «Grande debe ser este río tan pobre cuando hasta en París me ha quitado el sueño.»

Ese es nuestro río. Dentro de un siglo le bordearán casas y jardines, y entonces será él reivindicado de las burlas que le afligen.

J. ORTEGA MUNILLA

LA MUERTE DEL HÉROE



UNA PATRULLA FRANCESA EXTRAYENDO EL CADÁVER DE UN AVIADOR MILITAR DE ENTRE LOS RESTOS DEL APARATO, DERRIBADO POR EL CERTERO FUEGO DE LA ARTILLERÍA ANTIAÉREA

DIBUJO DE UGO

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



VIEJA ABULENSE, cuadro de Guido Caprotty

LOS BOSQUES



NOSOTROS hemos querido muchas veces concretar en imágenes esta honda y difusa emoción de los bosques; hemos intentado aprisionarla y huyó. Pero bien sabemos que no es sencillamente una impresión estética. Algo de temor indeciso y algo de respeto supersticioso se yerguen en profundo y remoto rincón del alma donde duermen los atavismos. Es la huella de los viejos terrores del hombre, cuando el hombre era una fiera más entre la espesura de los bosques prehistóricos, que hoy son vetas oscuras en el seno de la tierra; y es también la suave reminiscencia pagana de los pródigos dioses del Mito griego ó de aquellos otros dioses severos y hoscos á los que los druidas ofrecían el holocausto en los robledales de nuestro solar galiciano.

Muchas veces hemos advertido esta sugestión. El árbol fué siempre para nosotros como un sér que viviese una vida misteriosa y consciente.

Ningún otro sér inanimado produce de tal intensa manera esta impresión; ni las rocas que la naturaleza talló con aspectos monstruosos; ni la mies, que sólo recuerda al mar; ni las flores, ni el agua corriente... Así, los árabes de Suez que fueron al Cairo por vez primera, al hacerse el Canal, huían de los árboles como de monstruos desconocidos, y el aldeano de la umbrasa Galicia confunde en los anocheceres la movable y negra silueta de un álamo con la figura demoníaca del Tentador.

Desde la galería de nuestra casa, en la niñez, cuando el espíritu conserva aún la emoción de lo sobrenatural de donde viene, veíamos en el monte lejano la amplia mancha de un bosque. En las tardes de lluvia nos adormecía el ensueño tras los vidrios, y nuestra alma corría hacia aquel obscuro verdor. ¿Cómo era el bosque?... Pensábamos en él como se piensa en un remoto país de encantamiento. Todas las imaginaciones fantásticas de nuestras lecturas se habían refugiado allí. En nuestra visión, sus árboles tenían ramas alargadas, como brazos, y los nudos fingían en el tronco las mismas caras de espanto que tenían aquellos otros árboles que quisieron detener al príncipe que iba en busca del Pájaro que habla. Por allí vagaba Pulgarcito, el Pulgarcito del cuento alemán, con su saco de cuero y su hacha, y el gigante que le había de invitar á un festín pantagruélico. Allí se escondían los lobos que conocían el idioma de los hombres, y en un claro donde había muerto el verdor, reuníanse las brujas de las aldeas; y bailaban en corro, alrededor de los leñadores dormidos, los enanos que viven en lo hondo de la tierra, hermanos de aquel hombrecillo que encontró Blanca-Nieve enredada en un matorral las lenguas barbas, donde brillaban partículas de oro.

Entonces hubiésemos querido ir á aquel lugar de misterio. Un anciano estaría en la falda del monte. Sus manos largas y denegridas alzaríanse á nosotros. Y nos diría:

—Tres consejos te voy á dar, mancebo...

Y una vez, en los mismos años distantes lejanos...

Una vez entramos bajo la fronda; la misma luz era verdosa y había un gran silencio y caía aquí ó allá una seca ramita ó volaba un pájaro entre las hojas. Los abedules jóvenes tenían el tronco de plata, y en un peñasco que podría mover quien supiese una mágica palabra, el musgo pintaba huellas redondas como lindas monedas de oro.

El hueco tronco de un castaño era como una choza donde quizá morase un engendro. Las copas de los árboles parecían estar inclinadas para vernos mejor. Entonces les dijimos:

—Sé quienes sois, y que vive entre vosotros Fineta, la de las tres manzanas mágicas de cristal.

Y hubo un gran silencio. Y después todo el bosque se llenó de rumor, como si pasase una ráfaga, y pareció que se acercaba una ola gigante. Cabecearon los árboles y se hablaron los unos á los otros con el frote de sus hojas innumerables. Un gran pavor nació en nuestra alma infantil. Corrimos...

Fuera del bosque vimos pasar á la ancianita aldeana que hace guardar sus ovas á la princesa abandonada en la umbría por un servidor para que la devorasen los lobos...

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

FOT. CEVALLOS

Kerensky y los cosacos



KERENSKY

EL lector de periódicos se encontró, de manos á boca, con que Rusia dejaba de ser autócrata para convertirse en un Gobierno provisional revolucionario.

Como en la tramoja teatral, á la decoración zarista sucedió la decoración terrorista. Desde enton-

tonces, cada mañana, el lector de periódicos se fué encontrando factores nuevos, de los cuales jamás había oído hablar. Vinieron los *soviets*, ó comités de obreros y soldados, á substituir el prestigio parlamentario de la Duma; surgieron generales como Kembusky, Dakinin y Dragomirof para obscurecer á los Alexeieff, Rusky y Dmitrich; apareció la trinidad de Miliukof, Nekraskf y Kerensky en lugar del antiguo triunvirato zarista formado por Izvotlki, Sázonof y Sturmer.

Luego, un buen día, algunos regimientos abandonan el frente. Se desliza una sombra—la de Lenin—entrando en Petrogrado con misión de paz. Sucédense los espionajes y las traiciones, como en los días de la Convención. Kerensky se destaca en el Gobierno por su energía y su elocuencia; ¡ya tiene Rusia su Danton!—exclama, alborozado, Gustavo Hervé—. De repente, un general exaltado por las victorias, Kornilof, rebélase, como Doumoriez, contra el Gobierno; pero, en vez de expatriarse, como Doumoriez, se pone al frente de sus *sotnias* y avanza sobre Petrogrado. Por último, la dictadura revolucionaria; Kerensky, el Danton ruso, dominando sus nervios y su tisis en tercer grado, declara que la Patria está en peligro y que Kornilof es traidor á la Patria. Son tantos los sucesos, tan desconocidos los actores, que la gente no entiende bien el drama. ¿Qué hay en el fondo de todo él? Hay la lucha entre el socialismo revolucionario, cuyo símbolo es Kerensky; contra el militarismo conservador, cuyos coeficientes son las *sotnias* cosacas. Pero la dictadura de Kerensky, sostenida por los *soviets*, no tiene ya jurisdicción más que en Petrogrado. Moscú, la vieja capital conservadora, clerical, plutócrata y desconfiada, recibió á Kerensky de uñas y aclamó á Kornilof con frenesí. ¿Por qué? Porque Kerensky, con sus *soviets*, representa el abominable «europeísmo», y Kornilof, con sus cosacos, es la adorada tradición de militarismo y del privilegio.

El error de la Prensa inglesa y francesa—y no hablemos de la española, que lo desconoce totalmente—está en confundir, por arrimar el ascua á su sardina, el problema de la guerra con el problema de la revolución, que es el gran problema de Rusia. La prueba es que Kerensky se ha apresurado á abolir los cuerpos cosacos, atacando en su entraña al militarismo. Y que los cosacos, sintiendo flaquear á Kornilof, nombran su jefe á Kaledin, penetran en Roskof y en Kay, encierran á los *soviets* y se constituyen en República militar, con el aplauso de incontables masas de

campesinos y de las divisiones del frente rumano. Y he aquí cómo en los anatemas de Kerensky vibra todo el espíritu socialista y civilista de la Rusia nueva mucho más que el odio al invasor, y en las proclamas de Kornilof y en las arengas de Kaledin ruge el antiguo cántico de Constantino Porfinogereto mucho más que el afán de restauración zarista.

Ante la Europa estupefacta va á comenzar la guerra civil rusa con caracteres absolutamente singulares. A medida que los cosacos extiendan sus antiguas vindicaciones por la Moscovia clerical, plutócrata y latifundista, Kerensky y los *soviets* tendrán que replegarse á sus tiendas libertarias. Pero la lucha es desigual; el dictador civil es prisionero del jacobinismo, mientras que el dictador militar—Kornilof ayer, hoy Kaledin, mañana otro *atamán* cualquiera—no tiene más programa que el militarismo, con el Zar ó con la República.

El verdadero problema ruso está, por consiguiente, planteado entre Kerensky y los cosacos, entre la dictadura civil y la dictadura militar, entre el «europeísmo» y el «eslavismo», y no, en manera alguna, entre tal ó cual forma de Gobierno, ni menos aún entre la guerra y la paz, como suponen los publicistas aliados y austro-germanos.

En estas condiciones, es de singular importancia el conocer exactamente la historia y gimen actual de los cosacos, que ya en el siglo XV, y según Porfinogereto, constituían una República militar, llamada Kasabia, entre los mares Negro y Caspio.

Un noble polaco, Eustaquio Dasskiewicz, imaginó el servirse de ellos contra los tártaros y los turcos, «como se emplean, para oponer un dique al río, los materiales que arrastran sus aguas». Organizólos sabiamente y procuró infundirles las supremas virtudes militares, la dis-

ciplina y el desprecio á la muerte. Iván el Terrible, arrebatándoselos á Polonia, los incorpora á Rusia con halagos y privilegios. Desde entonces, son los cosacos el verdadero coeficiente militar ruso, incorporándose definitivamente á Moscovia en espíritu, adorna, usos y costumbres, constituyendo cuerpos de tropas escogidas que comparten con los boyardos el privilegio y la insolencia en tiempos de paz, y la ferocidad y el terror en días de guerra. El *Diario* de Pedro el Grande cuenta cómo el genial emperador, elogiado por Saint Simon y por Voltaire, abat el poderío de boyardos y de cosacos, esto es: de la nobleza de la sangre y de la nobleza militar. Pero los sucesivos emperadores, menos fuertes y menos hábiles, acudieron á los cosacos en cada apuro, y nuevamente el poderío de estas tropas se fué acrecentando. Los Zares otorgándoles privilegios, y ellos haciendo de las armas más que una profesión, una ciencia, vemos á los cosacos destacarse en la historia militar rusa como las cumbres sobre el llano.

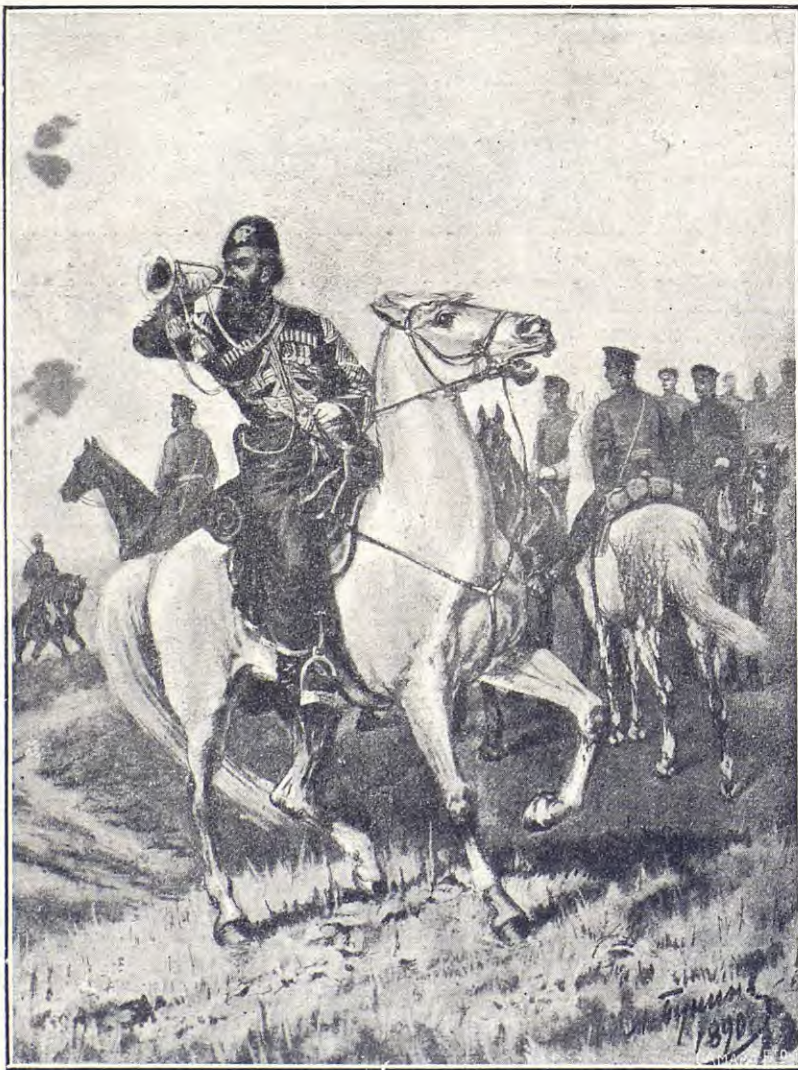
Su régimen actual procura la armonía entre la tradición y el porvenir. Los cosacos siguen gozando de privilegios, tales como la propiedad de las aldeas que habitan («stanitzas»), la exención de todo tributo el gobernarse por sí mismos, etcétera, etc. Pero la ciencia militar, los nuevos armamentos de fusiles y ametralladoras, han substituído á la lanza antigua y á la táctica secular. Los cosacos de ahora viven, como los de Porfinogereto, en aldeas totalmente militares.

Visitar una de esas «stanitzas» es como revivir ciertos pasajes de Plutarco. Todo lo ocioso, todo lo enervador, es para los cosacos como una afrenta. Su comercio con las mujeres diríase, por lo infrecuente, regulado por Licurgo. Sus lechos, sus comidas, sus vestidos, toda su ruda austeridad, es digna de los viejos Khanes de Marco Polo. Desde niños no ven mujeres, no tratan más que hombres forzudos ásperos, ni oyen más que tambores y cornetas, ni respiran más aire que el aire de las montañas. Comen legumbres, leche agria (kefir) y frutas. Montan unos caballos peludos, de la alzada de los perros de Terranova. Se adiestran en la carabina, en el sable corvo, en el uso del látigo y en el manejo del puñal. Y cuando, á toque de corneta, después de estar todo el día baqueteando por bosques y cerros, vuelven, en lugar de un blando colchón, se tienden en montones de hierba seca.

Contra estas formidables tropas—«piratas de tierra firme», como les llama Miguel Lermontof—que á su paso por las aldeas rusas recogen levadas de *mugicks*, y que en las trincheras del frente rumano son aclamadas por divisiones enteras, el dictador civil Kerensky no cuenta más que con generales relevados y con esas milicias que el *soviet* ejerce en el tiro de Oraniembaud y del Campo de Marte.



KORNILOF



Caballería rusa

EL DESTINO DEL ROMERO



Jadeante, cubierto de polvo y en hilachas,
herido de las rocas, ladrado de los perros,
acerico de espinas y juguete de rachas,
viendo en su torno un áspero laberinto de cerros,

la noche lo sorprende en medio del camino:
el viento arvecia, el hambre sus colmillos aguza,
¿quién lecho, pan y fuego brindará al peregrino
en medio de los germos y páramos que cruza?

DIBUJO DE BARTOLOZZI

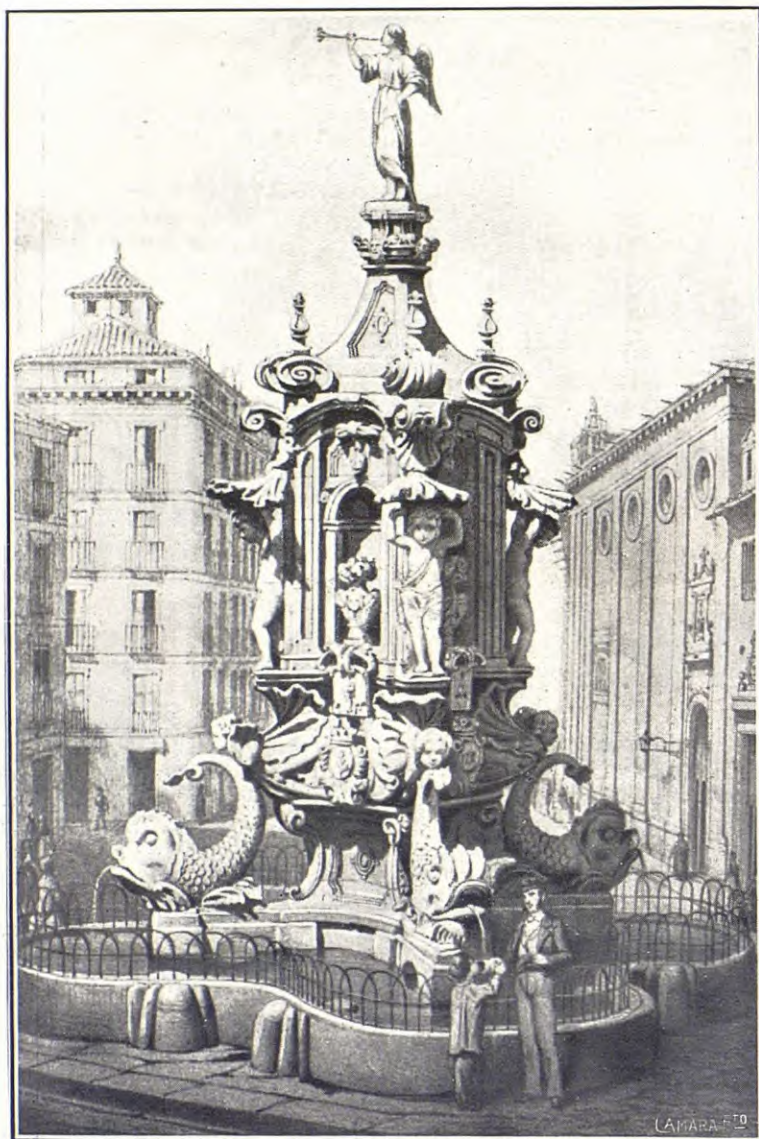
De súbito, una puerta en la noche se abría...
perforada la sombra, se ilumina el sendero,
y el pobre diablo siente salir de la alquería
un calor de cocina y un olor de puchero.

¿Qué maléfica mano, qué loco, qué asesino
cierra la salvadora puerta ante el pobre diablo
y lo lanza en los páramos á su negro destino?
¿No se le pudo, al menos, franquear el establo?

R. BLANCO-FOMBONA

CRÓNICAS MADRILEÑAS

LAS FONTANAS DE LA VILLA



La fuente de Antón Martín y la fuente de la plaza de Oriente, con la estatua de Felipe IV.—(Reproducción de unos grabados antiguos)

EN tierras de lo que fué Montaña del Príncipe Pío y granja, más tarde, de un infante de España, extiéndose hoy ese Parque del Oeste, obra cuyas alabanzas son justicias. Una legítima y ha largo tiempo debida reparación artística, nos proporciona el placer de hallar reconstruída, para adorno de tales parajes, la fontana que presidiera la plazuela de Antón Martín.

Aquella fontana, historiada y retorcida como unas décimas del chichisbeo de Gerardo Lobo, digna compañera monumental de la Puerta del Hospital de la Coronilla de Aragón, vulgo de Monserrat. Aquella fontana que, en los últimos años de su existencia en tal lugar, fué testigo de la jornada del 22 de Junio de 1866.

Pedro Rivera, discípulo predilecto de Churriguera y autor de muchos curiosos monumentos como la otra iglesia de Monserrat, en la calle Ancha de San Bernardo, templo actualmente declarado monumento nacional, fué el creador de la complicada fontana, en la cual hubo de aparecer cierto día un letrado diciendo así: *Deo volente, rege suvente, populo contribuyente, se hizo esta fuente.* Y junto á sus delínes y sus flores retorcidas y su ángel culminante, fué donde el calesero Bernardo, el domingo de Ramos, 23 de Marzo de 1766, inició y presidió el motín de las capas y sombreros, cuyas voces, dadas en Antón Martín, repercutieron en Madrid, en la casa de las Siete Chimeneas, donde Esquilache vivía, y, al mismo tiempo, en los regios oídos del Señor

Don Carlos III, que se hallaba en su palacio del Real Sitio de Aranjuez.

La reconstrucción de la fuente de Pedro Rivera nos lleva á recordar las bellas obras análogas, unas existentes, otras, por desgracia, desaparecidas, que adornaron en sus jardines ó en sus plazas el recinto de la villa de Madrid. Del siglo XVII consérvase en el Campo del Moro la famosa fuente de los Tritones, que hasta el año 1657 fué linda gala y espléndido ornato del jardín de la Isla, de Aranjuez; fontana que Velázquez, el paisajista de la Villa Médicis, de Roma, hubo de elegir para fondo de una de sus pinturas. El Campo del Moro conserva también otra hermosa fuente monumental, la de las Conchas, dibujada por Ventura Rodríguez y construída por Francisco Gutiérrez y Manuel Alvarez. Fué, desde luego, destinada á regalo de reyes y de príncipes. Hízose para el palacio de Bobadilla del Monte, y mostró después la elegancia de su traza en los jardines del palacio de Vista Alegre, del que la Reina Gobernadora formó un buen retiro, hermano de la Quinta de Quitapesares, junto á La Granja, y del Deleite, de Aranjuez.

Del siglo XVII es la estatua de Felipe IV, que corona la fuente de la plaza de Oriente, obra de Pedro Tacca, como la de Felipe III, que después de haber presidido una alameda en la Casa de Campo, encuéntrase hoy (justa consecuencia de estos tiempos constitucionales) presidiendo el vasto y característico cuadro de la Plaza Mayor,

y presentes ambos tan agradecidos, que valieron á su donador, el príncipe Cosme de Médicis, dar su nombre, como titular, á una antigua calle, hoy desaparecida.

La estatua de Felipe IV tuvo siempre virtud para inspirar poetas. Colocóse primero en lo alto del viejo alcázar, y cuando D. Juan de Austria, el Chico, quiso descenderla de allí para trasladarla al patio del Buen Retiro, que por tal sazón se llamó desde entonces patio del Caballo, comenzaron los epigramas, so color del cambio de la estatua:

*¿A qué vino el señor don Juan?
A bajar el caballo y á subir el pan.*

Otros dijeron:

*Pan y carne á quince y once
como fué el año pasado,
con que nada se ha bajado,
sino el caballo de bronce.*

Trasladado á la plaza de Oriente en 1844, motivó unos versos de Hartzenbusch. Aquellos que empiezan así:

*Niños que de siete á once,
tarde y noche, alegremente
jugáis en torno á la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente.*

Curiosa fontana de las del siglo XVII, y ya desaparecida, era la que se alzaba en la plaza.

de Provincia, coronada por una figura de Orfeo, que substituyó á un grotesco leoncillo cuya semejanza con el aspecto de un perro, hizo que por tal fuera tenido en concepto de todos cuantos le veían. Esa fuente estaba delante de la muy afamada, comentada y murmurada cárcel de corte, hoy Ministerio de Estado, y su ridícula figurilla, no ya de mal león, sino de feo perruco, inspiró un sangriento epigrama á Villamediana, cuando D. Rodrigo Calderón se encontraba en aquella prisión y en vísperas de su muerte:

*Tanto poder tiene el trato
de las malas compañías,
que dentro de pocos días
este perro será gato.*

De las fuentes construídas en el siglo XVIII, quedan las principales. Ellas son las de Neptuno, por Juan Pascual de Mena. La de Cibeles, obra de Francisco Gutiérrez, discípulo de Carmona y autor del sepulcro de Fernando VI en las Salesas, y obra también de Roberto Michel, aquel singular artista francés que hizo de España su patria de adopción, llegando á ser director de nuestra Academia de Bellas Artes de San Fernando. Y la de Apolo, dibujada por Ventura Rodríguez y adornada con estatuas de Manuel Álvarez. Esta lindísima fuente, generalmente conocida con el nombre de la de las Cuatro Estaciones, tiene también recuerdos literarios, sin contar los versos, no muy buenos, que le dedicaba Salicio. Recién construída estaba cuando D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla referíase á ella en uno de sus sainetes casi desconocidos, *Los panderos*, donde una flor de la majeza de la época, dice así:

*Y le dejé más parado,
más blanco y más frío que
la «estauta» nueva del Prado.*

El paseo de Trajineros tenía á su comienzo las Cuatro Fuentes, y á su fin la de la Alcachofa, dibujo también de Ventura Rodríguez, y ejecución de Alfonso Vergaz y Antonio Pinno. Esta fué cuidadosamente trasladada al Retiro, donde hace pareja con la de los Galápagos, que el día 10 de Octubre de 1832 descubrióse en la Red de San Luis para festejar el natalicio de Isabel II.

Del siglo XVIII era la Mariblanca, que se alzaba en la Puerta del Sol, delante de la iglesia del Buen Suceso, y pasó luego á la plaza de las Descalzas. La Puerta del Sol atavióse más tarde con aquella fuente que se construyó en la calle de San Bernardo, ante la iglesia de Monserrat, cuando se trajeron las aguas del Lozoya, y trasladada luego al lugar donde hasta hace algunos años estuvo, hizo exclamar á D. Angel Fernández de los Ríos:

—¡Oh, maravillas de la civilización! ¡Poner los ríos de pie!

Ahora esta fuente, ya sin el surtidor maravilloso, porque la altura de su nuevo emplazamiento no lo permite, se halla en el centro de la Glorieta de los Cuatro Caminos.

De las fuentes que se hicieron á principios del siglo XIX era una de las más importantes la del Obelisco de la Fuente Castellana, que, proyectada primero para la plazuela del Cisne, donde se levantó luego la fuente de este nombre, cuyo cisne de plomo es ahora surtidor en la plaza de Santa Ana, y estuvo antes en un patio del convento de San Felipe el Real, hubo de empla-

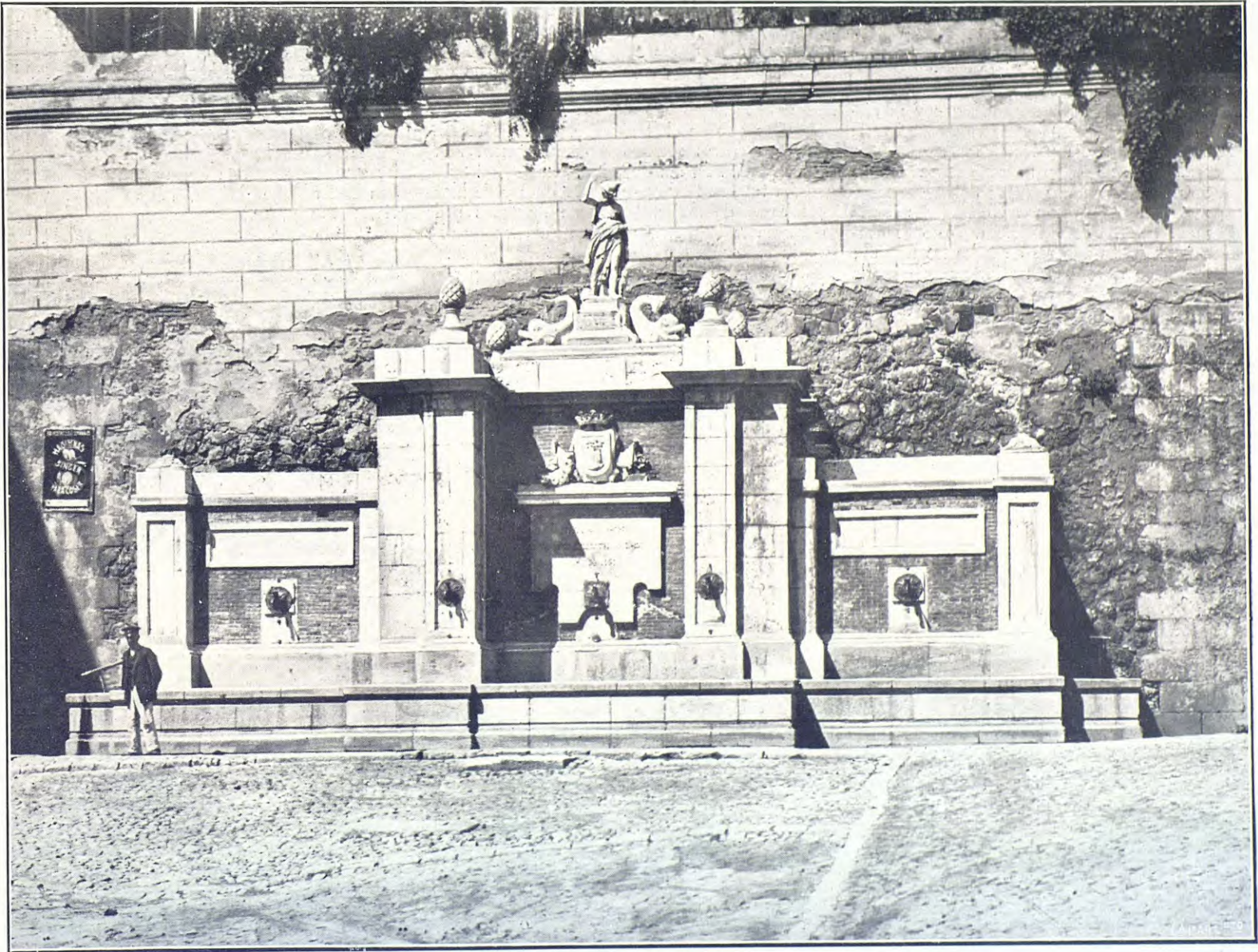
zarse, por voluntad de Fernando VII (una de sus últimas voluntades), al final del que se llamó paseo de las Delicias de Isabel II (y después de la Castellana), y de los que entonces, tiempos infantiles y románticos, se llamaban paseo del Huevo (hoy calle de Almagro) y paseo Novalesco (luego paseo del Obelisco).

Fernando VII quería no ser menos que sus antepasados, y ya que levantaba monumentos para celebrar su sucesión directa, quiso también que una estatua suya coronara otra fuente. Y en la isleta de San Antonio, en el Retiro, allí donde un tiempo estuvo la fábrica de porcelana de la China, mandó construirse el monumento, que no llegó á ser terminado. Hoy, en su lugar, se encuentra la fuente del Angel Caído.

Otras fuentes curiosas han desaparecido. La de Recoletos, la de Relatores, la de la Cebada, la de la Villa, la de Bilbao, la de la Carretera de Aragón, la del Avapiés y la de Santa Ana, que sirvió de pedestal á la efígie de Carlos V. Todas éstas, sin citar á las que no fueron monumentales, pero sí famosas, como las del Piojo, de Leganitos, del Caño Dorado y de la Piora, alcanzaron el honor de ser nombradas en una página del *Quijote*.

Y de las viejas fuentes que quedan es, acaso, y aun sin acaso, la más bella, la de Diana, que, en el regazo de la plazuela de la Cruz Verde, en pleno barrio de Abolengo, frente al jardín del príncipe de Anglona, cerca de los viejos estudios de la Villa y de la extraña, atávica y solemne plaza de San Javier, muestra la serena melancolía de su belleza muerta, coronada por la hiedra que pende sobre las tapias de la huerta monjil del Sacramento.

PEDRO DE REPIDE



Fuente de Diana en la plaza de la Cruz Verde, de Madrid

FOT. SALAZAR

CUENTOS ESPAÑOLES

"LOHENGRIN" EN PROVINCIA



EN la arcaica ciudad fué un acontecimiento. Por Burgoviejo, capital de provincia durante con el reino de Aragón y cabeza visible de Castilla la Vieja, jamás había aparecido una compañía de ópera. En las ferias visitaban la ciudad las compañías de los teatros madrileños de segundo orden, y aun casi siempre, trucas y mutiladas, con variaciones en el elenco, casi siempre desfavorables para la brillantez del conjunto. Eran compañías que llegaban allí después de un invierno de intrigas y conjuraciones en Madrid; entre bastidores se tramaban *complots* y, generalmente, cuando llegaba Junio y se dispersaban por las cuarenta y nueve provincias, la primera tiple se había peleado con el barítono, su *cavaliere servente*, para concertarse con el maestro concertador; la segunda tiple se marchaba por una disputa de rabaneras enfadadas con la mujer del tenor, que era celosa, como es condición fatal de las mujeres de todos los tenores; el bajo no podía soportar las inclemencias de la primavera; y, en suma, la compañía se deshacía, se fragmentaba, se atomizaba, y así truncada, rota, lisiada, emprendía la peregrinación veraniega por las capitales de provincia...

En las provincias donde la gente era tenida por menos experimentada y sagaz que la de Madrid, se echaba mano del repertorio viejo y se cantaban zarzuelas que hicieron las delicias de la mocedad de nuestros padres: *Los diamantes de la corona*, *Château-Margaux*, *Las campanadas*, *La bruja*, *El reloj de Lucerna*, *El molinero de Subiza*...

Cuando se anunció en Burgoviejo la temporada de ópera con grandes cartelones verdes sobre las esquinas de los caserones amarillentos, en los solares de las plazas desiertas, en las tapias de las huertas de los palacios semi-ruinosos, escondidos en las callejuelas solitarias, la ciudad se estremeció con el penetrante hechizo de aquellos nombres exóticos del elenco... Burgoviejo estaba emocionado ante aquella novedad de la ópera sonando en el Teatro del Príncipe Real. En todas las reuniones mesocráticas se tributaban elogios fervorosos al diputado del distrito, que era quien había gestionado todo el asunto, y de quien en las tertulias de hombres solos se murmuraba que había logrado traer la ópera por sus íntimas relaciones con la mezzosoprano, una rusa espléndida y rubia, á quien todo Madrid había admirado: Tatiana Nekludow.

Todo era posible, conocidas las aficiones mujeriegas de Mariano Lescún, el mayorazgo más rico de la provincia, con una fortuna sólida en fincas rústicas, la gerencia del Banco de Burgoviejo—antes de la elección—y la máxima de

acciones en el Ferrocarril Penibético, á más de la perspectiva decorativa y lustrosa de un título nobiliario: Vizconde de Valmoredo.

La compañía anunciaba solamente tres funciones, y toda la buena sociedad de Burgoviejo respondió con un abono espléndido, como no se había visto otro en el Teatro del Príncipe Real... Las tres óperas anunciadas eran *Mignon*, *Aida* y *Lohengrin*. El día de la inauguración, el teatro estaba fulgurante de joyas y de luces y de blancos senos de mujer, levemente escotados nada más, sin la impudicia del escote de las grandes capitales, con un púdico escote de provincia.

Entre las muchachas que sobresalían por su belleza en aquella noche memorable, estaba aquel día, en la platea número cinco, próxima al proscenio, Amparo Lescún, la hermana del diputado. Era una belleza delicada y opulenta á la vez; una rubia de semblante angélico, con ojos azules, fino cabello blondito, facciones delicadas, de virgen de Ghirlandajo, y en contraste con el rostro virginal y aniñado, un cuerpo espléndido de duquesa, talle fino, alto seno, breve pie, piernas de estatua, bien cumplida estatura, todo lo cual le daba una apariencia de mujer de veinticinco años, siendo una chiquilla de diez y ocho, recién salida del colegio de la Medalla Milagrosa...

Amparo no había salido aún de Burgoviejo, y después de abandonar las claras galerías del colegio, no conocía otro horizonte que el dividido desde la solana del palacio donde vivía reclusa con sus padres: la madre, rezadora y achacosa; el padre, viejo capitán de Caballería, gotoso y arcaico, que aún tomaba rapé y hablaba en tono campanudo y ordenancista... Sabía que su hermano vivía una vida totalmente opuesta, una vida moderna, *chic* y libertina, de mundano rico, entre actrices de ópera y bailarinas de moda, rodando todo el día por Madrid en coches de la Gran Peña... Anhelaba conocer la vida de la corte; pero sabía que no podría conocerla nunca, porque á Burgoviejo no llegaban de Madrid más que pobres diablos de empleados y militarillos de poca graduación, que no podían ser aspirantes á su mano; y aquellos que la pretendían en Burgoviejo y con alguno de los cuales un día quizá sus padres la forzarían á casarse, eran aristócratas de provincia, muy encastillados en sus rancieros solares y sin aliento para otra vida que la tediosa y fría vida de tardes del Casino, cacerías

en los montes de la Penibética y allá, en verano, por excepción, jiras alegres á las alamedas de los alrededores...

Amparo era romántica, como todas las muchachas de gran imaginación recluidas en recintos pequeños y asfixiadas en horizontes mezquinos... Dado ese romanticismo, se comprenderá que propendía á enamorarse de lo pa-

sajero, de lo lejano y de lo exótico, de lo que ella jamás podía alcanzar, de lo que estaba fuera de su horizonte visible...

La temporada se inauguró con *Lohengrin*. La Prensa local exaltó, con cuatro días de anticipación, las prodigiosas facultades, la dicción limpia, la voz brillante del tenor, un francés del Mediodía, Mario Labergère, aplaudido con singular entusiasmo en esta ópera por los públicos de San Petersburgo, Viena, Nueva York, Varsovia, Roma y, últimamente, de Madrid, donde había sido el *clou* de la temporada del Real...

El tenor era un guapo mozo, alto, moreno, de grandes ojos meridionales, de voz sugestiva y penetrante... Traía en torno suyo, como una aureola que le envolviese, una fama de Don Juan, más que seductor, seducido por todas las damas de las aristocracias europeas, conocedor de rubias y membrudas *girls* norteamericanas, de rusitas frágiles y menudas, de blondas francesas locas, de austriacas opulentas y depravadas, de polacas sentimentales con ojos de myosotis...

Esta aureola dábale, ante todas las mujeres, un aire fascinante y enloquecedor. Amparo Lescún cayó mortalmente enamorada de aquel hombre prodigioso á quien oía embelesada cantar el *racconto* de Monsalvato. Amparo dejábase mecer en la caricia de aquella voz fina y viril á la vez, que recitaba en un ceceante italiano:

*¡Guardato qual reliquia
del Signor!...*

Deseaba entonces que aquel hombre la rapata, llevándola consigo á lejanos países, donde saborearía el encanto de su arte y sentiría cerca de sí aquella boca, que diría tan dulcemente palabras de amor como cantaba romanzas de ópera... Y en un momento en que al terminar el *racconto*, Labergère, casualmente, fijó la mirada en ella, solicitando el aplauso de las plateas, donde sabía estar las muchachas guapas y ricas de la ciudad, ¡cómo se estremeció y quedó pálida, pensando que quizá el tenor soñaría con ella aquella noche!...

La función terminaba; Amparo salía pálida y triste, con grandes ojeras, como después de una noche de insomnio. Y al verse otra vez en la plaza vieja de las Descalzas, donde se afica el teatro, fuera del mundo de fantasía que la ópera le creara, ¡qué mezquinos le parecieron los ca-



serones viejos, qué ingrata la compañía del padre gotoso y de la madre rezandera—que se habían dormido en el transcurso del *Lohengrin*—, y qué enfadosa la conversación murmuradora y cominera de Juanito Martorell, el hijo del industrial millonario—uno de los pretendientes—que se había acercado á saludarles!... Ante la charla ridícula del pobre diablo vulgar, vestido de gomoso de provincia, no pudo reprimirse, fué des-

cortés, le interrumpió bruscamente: —Vamos, no me mortifiques, déjame en paz...

ooo

A los cuatro días, la compañía salió para Madrid. Amparo fué de paseo por las afueras con su aya, hacia los alrededores de la estación, distante dos kilómetros de la ciudad. Y en aquellos altozanos, desde un campo que las amapolas es-

maltaban, el pañuelo blanco de Amparo, empapado en lágrimas, saludó largo tiempo, hasta perderse de vista, la ventanilla del *sleeping* donde Mario Labergère bostezaba, ante el paisaje grave y austero de Castilla, tan diferente de las helénicas tierras de Provenza, donde él naciera...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Dibujos de AUGUSTO

BELLAS ARTES LOS ARTISTAS GALLEGOS



"Dolor", escultura original de Emilio Madariaga



"Camino de la feria", cuadro de Fernando Álvarez de Sotomayor, una de las obras más celebradas de la Exposición



"Ingenuidad", escultura en bronce, original de Madariaga

CELEBRASE en la Coruña la segunda Exposición de Arte gallego. Se debe, en primer lugar, esta Exposición a los esfuerzos entusiastas e infatigables de los pintores Lloréns y Sotomayor, y del arquitecto Palacios. En segundo lugar, al Ayuntamiento coruñés, que les concedió ilimitado crédito, y al Ministerio de Instrucción pública, que ha subvencionado el importantísimo Certamen.

Por último, el público ha respondido de un modo que dice elocuentemente hasta qué punto la Coruña es una de las ciudades más cultas de España. Llena la gente las amplias salas y menudean las ventas. Las conferencias y festivales que se celebran en el local de la Exposición obtienen idéntico éxito. Un ambiente de simpático optimismo envuelve, por lo tanto, al despertar de la pintura gallega.

Porque este conjunto de obras que



"El valle esmeralda", cuadro de Francisco Lloréns

los ilustres organizadores han logrado reunir e instalar de un modo espléndido, ha sorprendido a Galicia como algo inesperado y repentino.

La razón de esta sorpresa de Galicia frente a un arte moderno gallego, representado por un grupo indiscutiblemente valioso de artistas, es que precisamente los propulsores de este movimiento actual, los que destacan sólidamente sus respectivas personalidades en el Certamen de la Coruña, se han formado con aparente independencia del medio natal, aunque ligados a él en realidad.

ooo

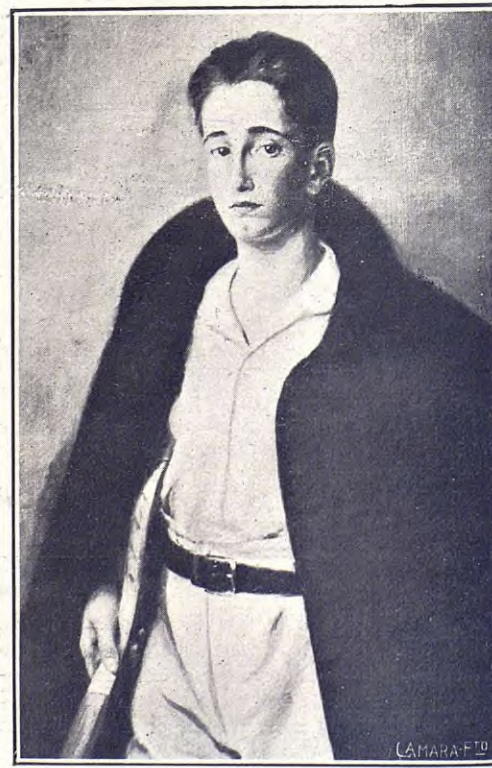
Ilumina y agracia toda la Exposición de Arte gallego la obra de Fernando Álvarez de Sotomayor. Pudiera dogmatizarla también, ya que son sus diez cuadros como capítulos de un perfecto tratado de la pintura moderna. Suspende el ánimo y acaricia la mirada este esplendor cromático



"Mater", notabilísima escultura original de Francisco Asorey



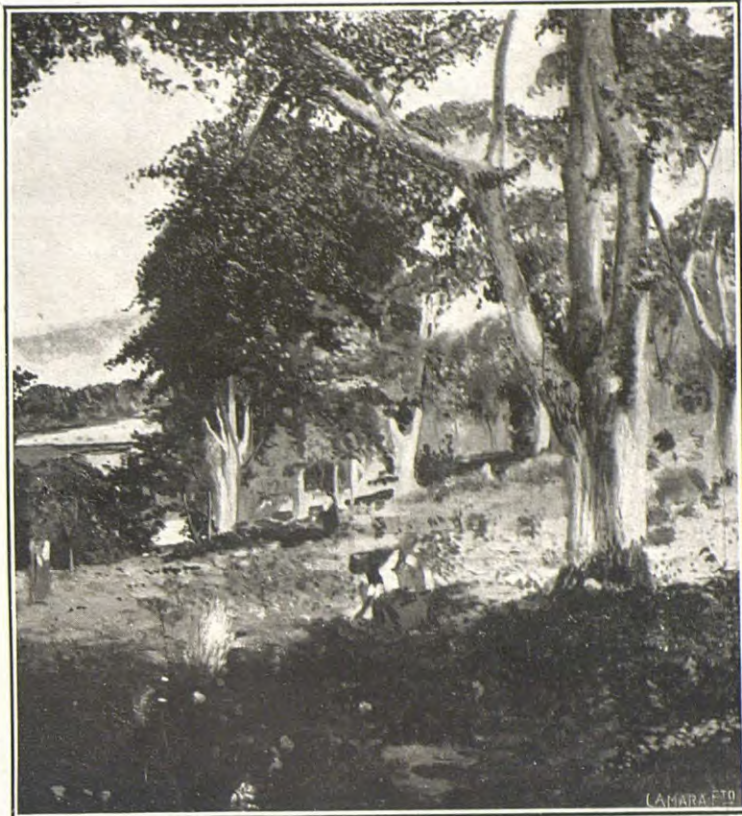
"Romerios de San Andrés de Teixido", cuadro de Seijo Rubio



"Retrato", cuadro de la joven pintora Elena Olmos



"Pinos del Promontorio", cuadro de F. Bello Piñeiro



"El Soto", cuadro de Manuel Abelenda

de Sotomayor, este sonriente y sano espectáculo de sus cuadros, donde la vida se ofrece en plácidos momentos y en musicales cadencias, y es precisamente cuando alcanza esta culminación de sí mismo cuando el artista empieza a describir plásticamente tipos y costumbres de Galicia.

Francisco Lloréns expone cerca de veinte cuadros. Es preciso conocer Galicia para apreciar, además de las innegables excelencias externas de los cuadros de Lloréns, la fidelísima identificación con el paisaje gallego. Muchos, y algunos excelentes paisajistas, tiene Galicia, y nos fueron conocidos antes que las campiñas mismas donde fueron á buscar inspiración; pero, en honor á la verdad, el que resiste (y aun gana con ella) la comparación con la Naturaleza es Francisco Lloréns.

Juan Luis, el joven pintor santiagués, que con *Florisel* obtuvo tan claro y limpio éxito en la reciente Exposición Nacional, presenta nueve obras entre cuadros al óleo, dibujos y acuarelas decorativas. Desde luego, lo más considerable de su envío son *Picariña*, *El primer milagro de Nuestra Señora de la Esclavitud*, *As nenas de Rosalva* y un *Retrato de hombre*. Ratifica con ellos la iniciación sentimental de *Florisel*. Recaba para su arte melancólico y dulce, para sus divinas languideces, el título de pintor-poeta.

Jesús Corredoira, que en Galicia tiene gran predicamento, expone, además de los dos lienzos ya conocidos de la última Exposición Nacional, dos retratos y un cuadro titulado *Peregrinos*, que, dentro de la tendencia equivocada y



"El señor cura", dibujo de Alfonso R. Castelao



"Celebrando la fiesta", cuadro de Fernando Alvarez de Sotomayor

nefasta del joven artista, me parece lo mejor que ha pintado.

Así como estos cuatro pintores constituyen el grupo principal de la sección de Pintura, Emilio de Madariaga y Francisco Asorey son los expositores más importantes de la sección de Escultura.

Madariaga es uno de los más admirables escultores jóvenes. Se ha formado artísticamente fuera de España, y sus mármoles y broncees tienen un carácter de universalidad que se aleja de las tradiciones galaicas.

En cambio, Francisco Asorey está consubstanciado con su tierra y con los ejemplos escultóricos y arquitectónicos que Galicia le ofrece. Es, acaso, el verdadero, el más expresivo; desde luego, el más esencialmente gallego de los escultores actuales.

Castelao vuelve á exponer sus acuarelas de ciegos; Carlos Sobrino, sus dibujos coloreados; Abelenda, Seijo Rubio, Bello Piñeiro é Imeldo Corral presentan paisajes muy interesantes: Roberto González Blanco, menos afortunado que otras veces, da, con sus cuadros de Oriente, la nota exótica de la Exposición. Elena Olmos, una gentil pintorcita, apenas salida de la niñez, significa ya algo más que una promesa en el Arte.

Deben mencionarse también los dibujos de Manuel Bujados, el mago de los refinamientos técnicos y de las elegancias intelectuales; los grabados de Castro Gil; las caricaturas de Ribas, Avello y Requejo, y alguno de los lienzos de María Corredoira.

JOSÉ FRANCÉS



LOS FAMOSOS TANQUES INGLESES ATACANDO Y DESTROYENDO UNAS POSICIONES TURCAS EN MESOPOTAMIA

Dibujo de Macpherson



SONETOS

LA CIUDAD MUERTA

*El fondo es una triste, grisácea perspectiva;
sepulcros y cipreses en que solloza el viento;
por el suelo las hojas de alguna siempreviva
y un crepúsculo-noche, que se deshace lento.*

*¿Ruido? No hay más ruido que el ruido de las ramas;
un muro con arrugas de musgo, todo grietas;
en lápidas borrosas borrosos epigramas,
dictados por la envidia de miseros poetas.*

*Y todo para siempre inmóvil y caduco;
y todo para siempre sin voz, inerte y hueco:
¡más vida tiene el mármol, la arena ó el estuco!*

*¡Qué silencio, el silencio de lo que no es y ha sido!
Polvo vil del pasado sin vibración ni eco.
¡Son momias de recuerdos que embalsamó el olvido...!*

FOT. SOL

¡NO FUÉ!

*Y fuiste y ya no eres, como sueño que pasa
y se va con el alba, al abrirse los ojos.
Aún agonizando, por ser de rayos rojos,
sensación de la tarde de luz roja que abrasa.*

*Y viví en tus caricias como envuelto en p'umaje
de ave joven que apenas al vuelo si despierta,
y, confiado en mi sueño, ¡no vi que estaba alerta,
pronto á invadirme el manso, traicionero oleaje!*

*No eres ya ni la sombra de lo que un tiempo fuiste,
y tu recuerdo vive de mi amor en el foco,
transformado en el símbolo que quise y no quisiste...*

*¡Adiós, voy á rezarte en mi templo de olvido,
allí donde entre lágrimas silenciosas evoco
todo lo que en mi vida pudo ser y no ha sido!*

SIN RAÍCES

*Vino la muerte y de mis brazos pudo
¡sin piedad arrancarte! ¿Qué, deliro?
¡En vano entre so'lozos me sacudo
esta obsesión que enluta mi retiro!*

*Quiero morir, y vivo y no me muero;
el ansia del instinto al sol se abre
y en vano que la piedra del hondero
invisible, á traición la descalabre.*

*Tus besos aquí están: brasas de hielo
á que el recuerdo presta áureos matices;
ojos cerrados que no ven ya el cielo...*

*Inefab'e amargura, cruel desmayo...
¡Corazón que se siente sin raíces
como quejigo que incinera el rayo!*

Emilio BOBADILLA («Fray Candil»)

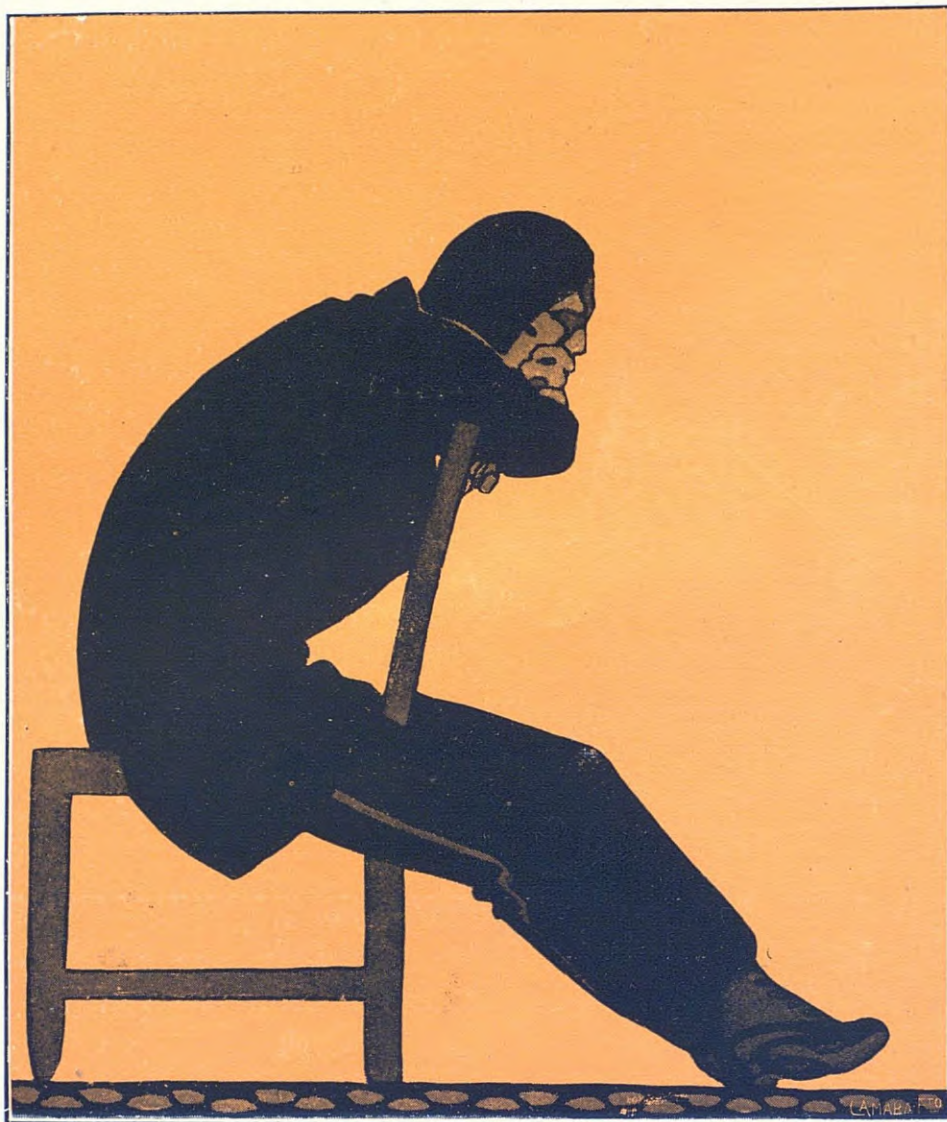
ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Vista exterior de la iglesia de San Miguel, de Palencia, que constituye un interesantísimo monumento de transición, y cuya torre tiene el triple aspecto de civil, militar y religiosa, como puede apreciarse en el grabado

FOT. LUIS R. ALONSO

AL FLUIR DE LA VIDA DEL DIETARIO DE UN NEURASTÉNICO



Día.—¿He existido yo, realmente, alguna vez? ¿En qué día y a qué hora se empieza a existir; en qué instante surge la vida en nosotros? ¿Hay quien lo sepa? ¿Dónde queda lo vivido luego que pasa por nosotros, como la luz al través del agua? Lo esencialmente interesante ¿está en vivir, ó en saber que se vive?... Pero ¿vale acaso preocuparse de ello? ¿Qué más tiene una cosa que otra? La muerte, indefectiblemente, ha de producirse al final, y es ahí donde empieza la verdadera interrogación. Hay quien ha dicho que soy un epicureo. Una necesidad como otra cualquiera de las que se producen en los individuos aficionados a las psicologías improvisadas. ¿Se puede ser esto, aquello ó lo de más allá, exclusivamente? Estupidez; se es todo; depende del momento. La Naturaleza tiene un solo modelo para cada tipo de cada especie.

He ahí el reloj: la estupidez del hombre creó el reloj, queriendo computar la marcha del tiempo, regular los instantes... ¡Una de tantas vanidades humanas! Cada ser precisaría una de estas maquinillas acoplada directamente a su corazón, a sus venas, a su cerebro. El reloj es un artefacto estúpidamente absurdo. Pretende marcar todos los minutos lo mismo, todas las horas iguales, y Kronos sonríe, y las Horas se burlan de la maquinilla y de los hombres necios que la consultan, mirando en la esfera el lento circular de la aguja, que brinca de un segundo a otro, sin tener conciencia de lo que recorrió entre esos dos puntos. La aguja del horario es como el brazo de un necio señalando al cielo. «Hoy no hay sol», porque está nublado. Hoy hay sol, y todos los días, y todas las noches, y ¡ay de quienes presencien el instante de su muerte!

Me horrorizan los hombres que consultan en cualquier momento de su vida la estulta esfera de un reloj ¿Qué pretenden ver; qué puede señalarles las agujas del cuadrante; cómo acoplar la pulsación de sus arterias al isócrono rotar de las agujas? La medición de la vida la llevamos en el corazón, y el curso de sus instantes nos lo dan las neuronas. ¿Qué les podrá indicar esa máquina tonta? ¿La rotunda vanidad de sus cerebros?

He aquí cómo me he convertido de pronto en aguja de horario; antes dije que la Naturaleza tiene un molde único para cada tipo de cada especie, y luego señalo diferencias de capacidades cerebrales; es la misma estupidez del reloj: la igualdad. ¡Bah, estoy bajo la influencia de alguna contrariedad que, sin yo apercibirme, se ha entrado dentro de mí! ¿Lucubraciones, filosofías y metafísicas? Despecho, protesta, descontento, amargura de una inferioridad, de una incapacidad que descubrimos en nosotros mismos. El primer filósofo fué el primer descontento de su vida. ¿Qué vacua cosa es la filosofía de los hombres! Los seres inferiores están más en el secreto del misterio de la vida, de esta *transitum vitae*. En el fondo de sus rudimentarias conciencias tienen un sencillo desprecio de la vida que los hombres llaman indiferencia inconsciente; y donde está realmente la inconsciencia es en el *homo sapiens*, que todo lo ve a través de su cerebro, y todo lo embarulla y complica. ¿Hay algo más repugnante que un hombre? ¿Para qué habrá creado la Naturaleza este ser tan complicadamente organizado? ¿Para admirar sus puestas de sol, como creen los poetas?... Yo he sentido, más de una vez, el rubor de ser

el tipo de calidad más perfecto de la escala zoológica. Comparando mi debilidad física de hombre con la de cualquier individuo zoológico, por inferior que éste sea. Poseemos el inapreciable don de la inteligencia, que nos ha erigido en reyes de la creación; pero en esa lucha por la vida, nuestras armas son tan invencibles como repugnantes. Perfidia, traición, crueldad, egoísmo cobarde, superioridad inteligente que sabe disfrazar su inferioridad física. Así empezó el reinado del hombre en la tierra. ¡Gran conquista del ser más desposeído de medios propios para la conservación de su existencia que ninguno de los nacidos! ¡Por no tener no tiene ni la tolerante sociabilidad de ciertos seres inferiores con los individuos de su misma especie! ¡Y, sin embargo, cuántos filósofos han pasado lustros de vigilia buscando el origen de la sociabilidad del hombre! Después de un poeta, lo más inútil que existe es un filósofo; cuando menos, el poeta es un ser inofensivo y simpático; pero el filósofo, ¡un hombre que pretende demostrar que la vida es de este ó del otro modo! Pero ¿qué sabe nadie cómo es la vida, si el columbrar sólo cómo es la mitad de la propia es ya acercarse a la Divinidad? ¿Qué incorregible afán tiene el hombre por penetrar en las sombras misteriosas del más allá! Menos mal que dentro de su detestable estructura moral es lo único noble que posee: la inquietud del misterio de la Vida. ¡Si el hombre pudiera mirar frente a frente, sin espanto, a lo desconocido!... Pero ese invencible terror es la mano invisible de la Divinidad, de la *suprema lex*, que nos hace esclavos...

FERNANDO MOTA

DIBUJO DE PENAGOS



Q Q Q T E D I O Q Q Q

¡Esta insaciable ambición
del corazón!

¡Este no vivir en calma
sin saber lo que se quiere,
y no presentir el alma
cuando vive y cuando muere!

El camino que mis ojos
buscan en la lejanía,
es un camino de abrojos
que va á una ciudad desierta
llamada Melancolía...
¡Ciudad sin luz, ciudad muerta
donde no amanece el día!
Un sueño extraño me abruma

con su caricia letal;
floto entre la densa bruma
de una inconsciencia mortal.

Estoy cansado y no puedo
seguir buscando el camino;
junto á sus bordes me quedo,
lo mismo que un peregrino
que se pierde en su carrera
y, abrumado por su sino,
ya no sabe orar, ni espera.

¡Esta insaciable ambición
del corazón!
Mal sin tregua ni remedio;
atardecer doloroso,

de una vida sin reposo.
Siempre el fantasma del tedio
obscureciendo mi suerte...
Vivir, vivir... ¡Y qué importa
cuando la vida es tan corta
y está acechando la muerte!

Caricias abrumadoras
del tiempo que va llegando...
El desfile triste y frío
de las implacables horas
que sin amor van pasando...
¿Dónde me lleva el Hastío?
Sufrir, sufrir, ¿y hasta cuándo?
Estoy mirando una estrella

que está perdida en el cielo.
Estrellita: eres tan bella
que quisiera dar un vuelo
y acercarme más á ti.
¡Vano intento, estoy cansado,
acaso porque he volado
mucho desde que nací!
¡Oh, esta insaciable ambición,
que llevo en el corazón!

MANUEL F. LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE ESPÍ

EL SEPULCRO DE GAYARRE

LAS MUJERES DECAPITAN A ABDERRHAMAN



Vista de Isaba, en el Valle del Roncal

En tiempos de paz hubiéramos ido al Valle del Roncal entrando por Francia. Desde Oloron, desde Lourdes, desde Bagnères de Bigorre, hay buenas carreteras por donde llegar fácilmente á la misma frontera en las crestas de los puertos pirenaicos. Lo mismo acontece con Andorra, con Arán, con Puigcerdá y otros lugares del Norte de Navarra, Huesca y Lérida. En invierno, cuando la nieve cubre los picachos más altos y se deshace en torrentes por los desfiladeros, en algún sitio de estos españoles es forzoso entrar por Francia, porque se queda incomunicado con España. La vertiente francesa del Pirineo está llena de villas pintorescas, de balnearios, de lugares de residencia veraniega; carreteras bien cuidadas y defendidas de los aludes de nieve, cruzan en todas direcciones. En cambio, la vertiente española es fiera y bravía, como lo fuera cuando Carlo Magno la cruzara y dejara en el desfiladero de Roncesvalles la flor gloriosa de sus caballeros y sus capitanes. El tiempo borra las lindes de la calzada romana y la llena de baches y hondonadas; los puentes, sobre cuyas arcadas pasaron los romanos y los galos, los francos y los árabes, se deshacen piedra á piedra; no hay más senderos que las cañadas, barrizales por donde bajan los ganados al ventear el invierno sus primeras iras, á la enorme extensión de las Bardenas, deshabitada Pampa española... Saliendo de Navarra hacia Aragón, otro desierto, mucho más árido aún, los Monegros, concluye de aislar á la región pirenaica. Así, cuando Joaquín Costa, con las manos alzadas al cielo,



Mausoleo á Gayarre, en el Cementerio del Roncal

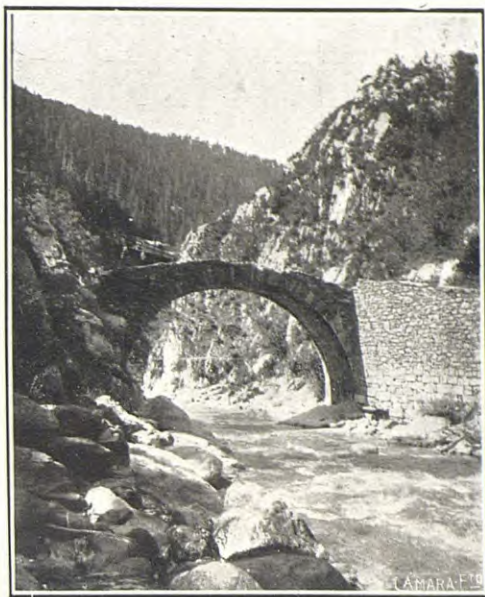
pedía que recogiéramos estos mil fecundos caudales de agua que descenden de las cumbres nevadas de los Pirineos y que manan de sus numerosas fuentes, lo que pedía, en suma, es que hiciéramos en la vertiente española lo que se ha hecho en la vertiente francesa; hacerla habitable, convertirla, de guarida inaccesible, en lugar de refugio espiritual y de reposo físico; llenarla de las facilidades y comodidades de la vida moderna. La vertiente francesa es mucho menos bella que la española; no tiene la grandeza bravía de nuestros desfiladeros y torrenteras, ni conserva los recuerdos históricos que aquí abundan, porque estos peñascales, eslabonados desde Fuenterrabía hasta las cercanías de Gerona, son la columna vertebral de la independencia española. Conservando todas sus bellezas naturales, respetando los fueros de estos montañeses, y aun quintuplicándoselos, manteniendo el característico aspecto, pastoral y bucólico, de estas aldeas, y, al mismo tiempo, acrecentando sus riquezas y su bienestar, podía hacerse de estas cumbres y estos valles una linda Suiza, á la que no faltarán más que lagos navegables para ofrecer mayores encantos á la insaciable curiosidad de los caminantes. Ya la gente rica de Barcelona ha hecho mucho de esto hasta Puigcerdá; pero sin el concurso del Estado, que construya numerosas vías de comunicación, seguramente nuestros nietos y nuestros bisnietos seguirán sin atreverse á emprender estas fatigosas excursiones para conocer la libre República de Andorra, feliz con su régimen patriarcal, que pudiera ser lec-

ción viva para la ruin democracia española; el valle de Arán, que durante los seis meses invernales queda incomunicado con España; Roncesvalles, guardador de las reliquias de su imperial poderío, y, finalmente, este pintoresco valle del Roncal, donde hemos acudido para deshacer unos varales de claveles y de nardos—que tuvimos que mandar llevar de Francia—sobre la escalinata de mármol blanco que sustenta el ataúd en que yacen los restos de Gayarre.

¡Cementerio del Roncal!... Cementerio humilde de aldeanas gentes, de labriegos, pastores y trajinantes que jamás supieron de las vanidades de la gloria, ni sintieron inquietud mayor que la de una hormiga para abarrotar su minúsculo granero, ¿quién diría que dentro de los tapiales de mal unidos pedruscos, donde no se alzó jamás la soberbia de un nicho, ni donde valla alguna demarcó lugares privilegiados, porque toda su tierra sagrada era como un lecho común, había de levantarse este soberbio mausoleo?

Entre estas montañas, en este abandonado rincón de la Patria, hay algo de símbolo en la admirable obra de arte. Porque ¿quién fué este hombre que recorrió el mundo encantando á las muchedumbres y que quiso, en su sueño eterno, volver á la humildad silente y apacible del lugarejo en que naciera? Fué un don, un regalo de la Providencia; lo que es todo en España; su suelo y su mar; su cielo y sus hombres.

Batía el yunque en su fragua y acompañaba al sonoro vibrar del hierro golpeado, el cantar limpio y transparente de su laringe, que la Providencia había tenido el capricho de moldear, como moldea la de los ruisenores para que haya poesía en las florestas y en los boscajes. En el aislamiento de aquellos valles hubiese quedado Gayarre, misero obrero forjador, si la Providencia no hubiese roto la rueda de una galera que cru-



Isaba.—Valle del Roncal

zaba los Pirineos, y si en esa galera no hubiese ido un músico, que quedó admirado y suspenso, como aquel mineralista holandés, emigrado al Sur de Africa, que, al roturar con el arado la tierra que había de sembrar, vió saltar á los lados de la reja, como los rizos de espuma que abre, avanzando, la proa del buque, regueros de diamantes.

Acaso, con la imprudencia y la desidia españolas, ¿hay nada más providencialista que esta cadena abrupta de los Pirineos, tendida de mar á mar? Cuando recorréis estos lugares y se os dice, invocando la tradición, que las mujeres del

Roncal, ceñidas las faldas á la cintura para parecer hombres desde lejos, destrozaron á pedradas, en el desfiladero de Olasti, al poderoso ejército de Abderhaman, el primero de Córdoba, y le dieron muerte, y le decapitaron y arrojaron por un puente á un barranco, aun no siendo cierto el suceso, y cuando recordáis cómo la bravura de estos montañeses y sus comarcanos crean los reinos de Navarra y Aragón, y cómo, hasta nuestros días, defienden su fe y su independencia, y cómo en medio de su ignorancia y su sencillez de pastores y leñadores, saben guardar los fueros que arrancaron á sus reyes de antaño, se piensa que no ha sido la causa ciega ó el azar de una conmoción geológica los que han alzado estas montañas y colocado esta raza fuerte é indómita, acaso la única puramente aborigen de Iberia, de antemural de la nacionalidad. Hay, sin duda, un providencialismo que prepara y dirige los sucesos de la Historia.

Lo malo es que debe sospecharse, por reiteradas pruebas, que esta singular Providencia que alza las razas á las más altas cumbres de la gloria y las hunde á los abismos de la mayor degradación, se cansa de que no se la entienda y no se coopere á su obra. En estas cumbres pirenaicas, en estos valles cuyos nombres todos parecen ecos de asombrosas hazañas, en estos desfiladeros y estas torrenteras, que no los imaginaran semejantes los más sabios estrategas, hay graves lecciones que España no quiere atender ni aprender. Puede que la integridad le vaya en ello; pero, acaso sea también la Providencia quien haya puesto su gobernación en manos de ciegos, de sordos y de locos, para que su pérdida, como la de Don Rodrigo en Guadalete, sea enseñanza tardía y castigo cierto del que puedan aprender los siglos!

MINIMO ESPAÑOL



Puente romano, en el Valle del Roncal

FOTS. DE F. DE LAS HERRAS

LA ESFERA

ESPAÑA PINTORESCA



UN BARRANCO EN EL VALLE DEL RONCAL

FOT. DE F. DE LAS HERAS



GITANERÍAS

RESULTA que ni gitanos tenemos, es decir, que aquello de que más presumíamos cuando se hablaba de españolerías pintorescas, no existe al lado de las caravanas de esa raza dorada, altiva y perezosa, que de vez en vez nos envían los pueblos de la Europa oriental.

En efecto. No hay sino comparar á nuestras pedigüeñas cañís de las terrazas de los cafés, con la banda de magníficos harapientos que este año nos ha llegado del Cáucaso. Los decidores de la buena ventura indígenas se adaptaron á la sociabilidad, ya que no á la civilización, y se diferencian de sus remotos hermanos como el perro del lobo.

Y en cuanto á las tribus que no abandonan el Albaicín, perdieron nobleza y colorido, se olvidaron de su origen y desconocen su misión en la tierra.

¿Qué significa *gitano*? El descendiente de una casta misteriosa, casi legendaria, que fluye de la India miles de años atrás, y que á través de los siglos, no cesa de peregrinar en pos de la primavera, como las golondrinas. La iniciación de su círculo no se concede nunca á los extraños. La cuadrilla que todos los meses de Mayo aparece en Iberia ha venido de jardín florido en huerta frutecida, y siempre lo más cerca posible del

Mediterráneo. No importa la diversidad de ambientes que atravesó el éxodo multicolor. Como no influyeron nada tampoco las épocas de paz y de guerra. Apenas se vislumbra un melencólico de los que forman en la cabalgada, ó una de sus mujeres ambarinas, no se necesita poseer una cultura profunda para asignarles un abolengo oriental, y para comprender su destino errante. Los trapos verdes, rojos, azules, amarillos; las flecosidades y faralaes; los aros y las joyas, pertenecen á la policromía asiática. Del mismo modo, sus ritos y sus malabarismos corresponden al Oriente, en tanto las juglerías de acá no pasan de engañabobos. ¿No habéis visto jamás á una de las zíngaras lejanas que pide un vaso con agua, lo envuelve en vuestro pañuelo y en seguida hierve la linfa? Yo sí he gozado de esa maravilla, y, por cierto, me costó dos duros. Hasta en la petición se nos antojan pobreticos y mendicantes los compatriotas nuestros. Así se explica que, al tropezarse en las calles madrileñas *Rafaela* y *Agustina* con sus primas rusas, no se saluden, pues se desdennan, y, caso de entablar palique, á *Rafaela* y *Agustina* les es ajeno el vocabulario de sus antepasados. Conocen mejor las chulaperías de López Silva.

A grandes rasgos, he ahí iniciado el tema. Ni

gitanos tenemos, ya que los indígenas no conservan su ayer, ni desarrollan su órbita en el mañana. Seguramente descenden de una de estas farándulas que amenizan las primaveras cortesanas. La supuesta legión cayó en la trampa de quedarse en el solar hispano. Al punto, esta tierra incorruptible y feroz amasó, fusionó, trituro los elementos extranjeros, y con los antiguos nómadas hizo otros españoles sedentarios. Y todo aquello de las magias y la ruta inacabable, y el esplendor, se debilitó, transformándose en hurtos de caballerías, serenatas de guitarra, merodeos, modorra, retórica, histrionismo, en la flamenquería... ¡Poder enorme y avasallador del terruño y el cielo ibéricos! En las altas cumbres de la cultura, á un griego equilibrado y que poseía la más amable retina veneciana, lo muda en pintor visionario y espectral, y más abajo, mucho más abajo, transforma unas gentes que eran como llamaradas, en negros y secos carbonos... ¿Cuándo nos decidiremos los españoles á explotar las minas de energías y grandezas que yacen en las entrañas de la Patria, enterradas allí por nuestro sol?

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

FOT. RIOJA DE PABLO

LA MODA FEMENINA

Otra vez vuelvo, lindas lectoras, á comunicarme con vosotras. Un período de abstención, impuesto por la voluntad de quien supo adueñarse de la mía, ha dejado á mi pluma ociosa y á mi pensamiento sin libertad.

Llegué á forjarme ilusiones de rosa y sueños de oro. ¡Es tan bonito soñar! ¡Qué fuera de la vida sin la posible realización de los dulces proyectos acariciados en la intimidad de nuestro sentir y en el fondo de nuestra alma!

Ocorre muchas veces, como ahora, que al despertar se gusta el amargo sabor de las hieles y se encuentra el corazón atormentado y el espíritu herido por la cuchilla implacable de los desengaños.

Yo pudiera contaros una novela de amor y de celos, de promesas y venturas, de juramentos dichosos y perjuros crüeles.



Yo pudiera hablaros de cómo se apoderan las palabras de nuestro albedrío y van poco á poco infiltrándose en nuestro ser, siendo compañeras inseparables de nuestra soledad, asunto predilecto de nuestras meditaciones, caricia que halaga, estremecimiento que subyuga, calor de aliento que cosquillea en la piel con la voluptuosidad de los suspiros.

Pero no cumpliría con ello la misión mía, ni probablemente conseguiría interesaros.

Retorno á vuestra atención bondadosa.

Nuevamente será la moda el tema de mis olvidadas croniquillas. Y no pensad, amigas, en que por debajo de su amable superficialidad y de su espíritu inquieto, frívolo, ligero, pueda temblar alguna vez el dolor de una lágrima...

ROSALINDA





GUIDO CAPROTTY DA MOUZA



Motivo de enconadas discusiones ó de silencios más enconados aún, donde renacían de nuevo las «angladofobias» que padecen algunos señores más ó menos profesionales, y menos ó más aficionados á la pintura, fueron los cuadros de Guido Caprotty, *Los ojos de la noche* y *Flores débiles*, expuestos en la reciente Exposición Nacional.

Desde luego, estos dos lienzos respondían á un concepto noble y armonioso de lo que debe ser la pintura. Ante ellos se recordaban unas palabras de Hipólito Taine contenidas en su obra fundamental *Philosophie de l'art*, y en el capítulo *Le degré de convergence des effets*.

He aquí estas palabras:

«Por sí mismo, y aparte de su empleo imitado, los colores tienen un sentido. Una gama de colores que no figure ningún objeto real, puede ser rica ó débil, elegante ó pesada. Nuestra impresión varía con la forma de unirlos; esta unión tiene, por lo tanto, una expresión peculiar. Un cuadro es una superficie coloreada en la cual los diversos grados de luz hacen figuras, telas, arquitecturas, lo cual significa una propiedad ulterior que no les impide la cualidad primitiva de tener toda su importancia y todos sus derechos. Así, pues, el valor propio del color es enorme. Este elemento es, á las figuras, lo que el acompañamiento es al canto. Mejor aún; porque á veces él es el canto y las figuras son su acompañamiento. De accesorio se transforma en principal.»

No es realmente Guido Caprotty un banal agrupador de figuras, un vulgar observador del natural confundiendo la sinceridad con la insensibilidad; es mucho menos un malabarista de los colores y los simbolismos sin una sólida base naturalista.

Adivinamos en seguida que ha llegado á estos lienzos de hoy después de evoluciones y eliminaciones sucesivas. Presentimos los cuadros pretéritos, demasiado realistas é intrascendentes. En este amor con que ahora está trabajada la materia, sonríen los esfuerzos anteriores. Lo que ahora es habilísima orquestación cromática, fueron antes acordes aislados y presos en la timidez del procedimiento; inseguro aún.

Recordemos *Los ojos de la noche* y *Flores débiles*, ya que para nosotros han significado la revelación de Guido Caprotty. Luego hemos visto toda su obra reciente y realizada bajo el cielo español y en españolas ciudades viejas de Castilla.

Flores débiles era una nota suave, de grises, de violetas, de verdes tenues. Representaba una madre sosteniendo en los brazos á su hijo. Ambos parecían maculados, enflaquecidos por el terrible mal de las agonías lentas y fatales. Envolvía, además, esa atmósfera especial de los cuadros bien característicamente italianos de la penúltima época, de antes de las locuras y extravagancias futuristas y dinamistas.

Sin embargo, *Los ojos de la noche* era muy superior en concepto, en ejecución y en resultado. Era este cuadro del título felizmente encontrado un esfuerzo que no suele repetirse en nuestra pintura. *Los ojos de la noche* son los faroles de unos serenos de la arcaica Avila.

Agrupóles el artista bajo un arco de cualquiera de las medioevales puertas que tienen las almenadas murallas de la ciudad castellana. Prolongó sus chuzos hasta prestarles bética y esbelta silueta de lanzas. Agrupó las figuras de tal modo que formasen una compacta masa de la que sobresalían únicamente las cabezas recortadas vigorosamente sobre el cielo pálido, y dentro de la masa oscura de los cuerpos hizo brillar las linternas amarillentas, «los ojos de la noche».

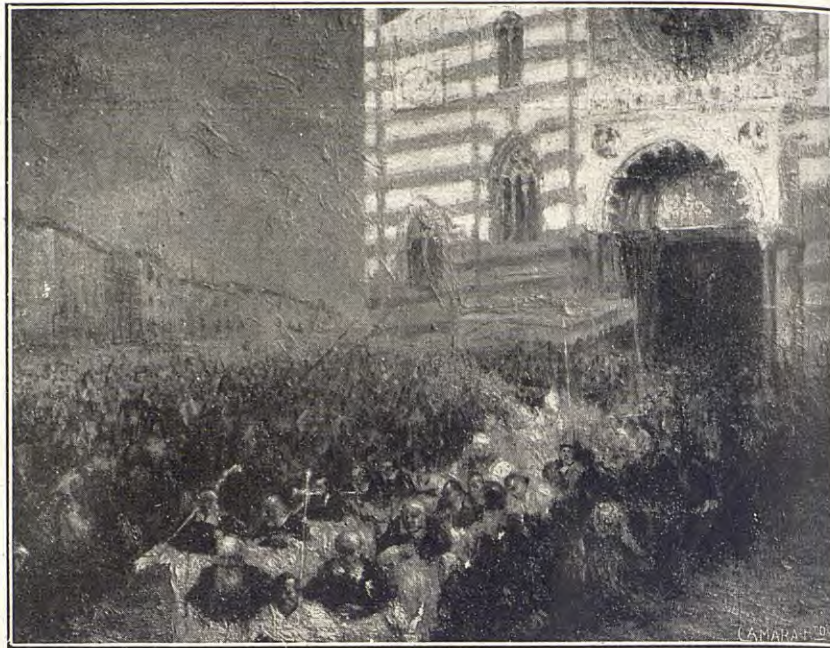
Era un empeño, tozudo y simpático, de valorar dentro de una gama cromática hostil al artista. Obtener de contraluces luminosidades bien definidas, arrancar á la sombra matices y cadencias que la mirada profana no acierta á ver en el natural. No diremos que triunfara totalmente; pero ya el propósito merecía ese triunfo por cómo se desligaba de otras fáciles y lucidas tentativas más asequibles al público.

En una Exposición donde la mayoría de los artistas se refugiaban en retratos y en paisajes inexpresivos, *Los ojos de la noche* representaba, en primer lugar, el verdadero cuadro de Exposición, é inmediatamente el armónico dualismo del asunto y de la técnica, respondiendo no sólo á esa taineana definición de que el «color sea el canto y las figuras su acompañamiento», sino también á lo que Carrière confirmó con

“Mirando al muerto”, cuadro de Guido Caprotty da Mouza



MERCADO BAJO EL SOL



PROCESIÓN EN MONZA

(Cuadros de Guido Caprotty)

la pluma del escritor después de afirmarlo con los pinceles: «Un tableau est le développement logique de la lumière».

ooo

Guido Caprotty nació en Monza, la antigua capital longobarda, hace treinta años. Muy joven entró en la Academia de Bellas Artes de Brera, en Milán, donde fue el discípulo predilecto del célebre retratista bergamasco Cesare Tallone.

A los veintitrés años salió de la Academia y obtuvo simultáneamente tres triunfos: la pensión del Ministerio de Instrucción pública, el premio Bozzi Cajani al mejor retrato y la pensión de Roma Francesco Hayer. Animado por el éxito, hizo su primera exposición personal. Una



CARNAVAL EN EL PUEBLO

cincuentena de obras entre cuadros y dibujos que, en menos de dos días, se vendieron todos. Este fácil comienzo que a otro artista hubiera halagado y tal vez perjudicado para siempre, hizo desconfiar de sí mismo a Caprotty.

—«Questo successo mi sconcertò—me decía el artista gravemente, con una convicción profunda a la cual le autoriza su renovación actual—. Il completo accordo fra il mio modo di vedere e di dipingere ed il gusto del pubblico mi impensieri... ¡Evidentemente ero incamminato su una falsa strada!»

¿No late en estas palabras, con la amarga ironía, el desdén de los artistas por el burgués enfatuado, por la crítica perturbadora? Se piensa en



EL DESCENSO
(Cuadro de Guido Caprotty)



GUIDO CAPROTTY
Ilustre pintor italiano, en su estudio de Avila



RETRATO DE LA SEÑORA LINA VISCONTI
(Cuadro de Caprotty)

Degas—«les lettrés expliquent les arts sans le comprendre»; se recuerda la confesión de Gauguin á Georges Daniel—«Vous connaissez depuis longtemps ce que j'ai voulu établir: le droit de tout oser.»

La vieja Italia le seduce; pero no le posee. Asomándose á la evolución de la moderna pintura italiana, hallamos este curioso divorcio entre los temperamentos jóvenes y los eternos ejemplos. Agobiados de academicismo, de clasicismo, los nuevos pintores italianos vuelven espaldas á los Museos, á la permanente enseñanza de los siglos pretéritos y siguen las normas estéticas que les enseñan: lo primero esa magna revolución del impresionismo francés; luego, las Exposiciones Internacionales de Venecia.

Es el caso de Guido Caprotty. Roma, Florencia, Rávena, Venecia, van pasando por su espíritu como una canción lejana y romántica. No quiere ser un *pasticheur* de clasicismos, ni tampoco el proveedor de acomodaticias burguesías. Se refugia en el paisaje y busca en la pura Egadina el surco luminoso del gran Segantini.

En 1911 expone en la Nacional su cuadro *La meta*. Aquellos efusivos elogios de la Prensa, el entusiasmo del público cuando su exposición de la adolescencia, se truecan en censuras y desconocimiento. El artista sonríe. Empieza á creer que está en el buen camino. Un año después, en 1912, expone en Milán sus dos lienzos *La processione*



LA CAPILLA DEL CRISTO
(Cuadro de Guido Caprotty)

ha sido ejecutado durante el invierno de 1916 á 1917, en la ciudad amada del silencio y embrujada de leyenda. De este período fecundo son *Los ojos de la noche*, *Delante del muerto* y tantos otros lienzos, algunos de los cuales, como su obra más reciente, miden cerca de seis metros.—SILVIO LAGO.

a Monza y el Mercato sotto al sole. Asoma ya en ellos la sinceridad expresiva, el vigor colorista, la exaltación apasionada de la luz que habrá de caracterizar todas sus obras futuras. En la Nacional de 1913 otros dos cuadros, *La superviviente* y *Guardianes del silencio*—un retrato de anciana y un ciprésal melancólico—, ratifican su nueva orientación y obtienen, además, recompensas oficiales y elogios de la joven crítica italiana. El mismo año es nombrado Miembro de honor de la Academia de Milán, y acuciado por el espectáculo sugestivo de las Internacionales venecianas, abandona Italia y recorre Alemania, Flandes, Francia, y, por último, se establece en España, á donde le trajo el deseo de comprobar por sí mismo los ambientes zuloagüescos y el rutilante esplendor de Anglada Camarasa.

España ha completado su renovación ideológica y técnica. Andalucía y Murcia, primero; las viejas ciudades castellanas—Toledo, Segovia, Salamanca, Avila—después, han influido de un modo decisivo en el notable pintor italiano. Sobre todo Avila. Lo más interesante de su obra



LA SUPERVIVIENTE



CAMPESINO
(Cuadros de Guido Caprotty)



ANDALUZA

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



LÁMESE Astartea ó Diabolina, para vosotras es lo mismo.

Lo importante es que oficie de Pitónisa acuática y os revele su secreto.

Ella dice: «Ayúdame y te ayudaré. Vosotras no debéis rendiros jamás al desaliento, porque en vosotras está vivir una eterna Primavera.

Desconfiad de los hombres que os llamen simpáticas á secas. Es un modo galante de llamaros feas, y no lo debéis consentir. Es preciso que otro adjetivo encomiástico preceda á este adjetivo, y que os digan, por ejemplo:

—Es muy bonita y muy simpática.

Si no, estáis perdidas

Todas tenemos en el rostro un algo de belleza; el talento femenino está en saber extender ese algo, y, una vez extendido, conservarlo eternamente.

La PERFUMERÍA FLORALIA ha de ser vuestro faro salvador.

Ella ha lanzado las creaciones «FLORES DEL CAMPO» para que, extendiendo esos atractivos, brilléis con luz duradera.

Su logro no es difícil.

¿Cualquiera de vosotras no daría un millón por ser hermosa? Un jabón «FLORES DEL CAMPO» vale menos.

Luego, deseosas de realzar más y más los atractivos, recurriréis al OXENTHOL, admirable dentífrico á base de oxígeno, y para que el triunfo sea completo y no se pongan vuestros encantos en peligro, el SUDORAL está á vuestro alcance. Es una loción higiénica, que no manchará vuestros vestidos, y, en cambio, combatirá los inconvenientes del sudor, desodorándolo y purificándolo, sin suprimirlo.

Dijo, y á la vista de dos tritones humanos, Astartea ó Diabolina, se zambulló en las aguas.

DIBUJO DE PENAGOS